

de colocar en el número de los apóstoles, predicadores de sí mismos, al celoso y poderoso misionero, al célebre cura Combalot; sin embargo, no estará fuera de propósito el que citemos algunas palabras que profirió cuando se vio cercano a la muerte: “Tened confianza, carísimo amigo, le decía el sacerdote que le asistía, después de haberle administrado los últimos sacramentos. Os habéis portado con suma inteligencia en vuestra vida sacerdotal, y los millares de sermones que habéis predicado sostendrán vuestra causa ante Dios, defendiéndoo contra la insuficiencia de la vida interior de que habláis”.

“¡Mis sermones! ¡con qué ojos tan distintos los contemplo en estos momentos! ¡Ah! si nuestro Señor no empieza a hablarme de ellos, seguramente que no seré yo el primero en mencionarlos!

A las puertas de la eternidad, este venerable sacerdote veía en sus mejores obras ciertas imperfecciones que alarmaban su conciencia y que él las atribuía a la falta de vida interior.

Habiendo recorrido yo con un compañero sacerdote unos pueblos, al ver que en ellos no se frecuentaban los sacramentos, dije yo espontáneamente: “Estos pueblos están muy fríos”, y él me dijo: ¿Sabes por qué están fríos? “Porque los curas están

helados”. No hay duda que nosotros haríamos más apostolado en las almas si fuéramos más fervorosos.

La vida interior, base de la santidad del obrero apostólico

No siendo la santidad otra cosa que la vida interior llevada hasta la unión muy íntima de la voluntad con la de Dios, ordinariamente, y salvo un milagro de la gracia, el alma no llega a ese término sino después de haber recorrido en medio de numerosos y penosos esfuerzos, todas las etapas de la vida purgativa e iluminativa...

Dios quiere que, siempre y para todos, las obras de celo sean un medio de santificación. Con todo, mientras que tratándose de un alma santa, el apostolado, lejos de proporcionarle algún peligro serio, ni agotar sus fuerzas, le procura abundantes ocasiones para crecer en virtud y méritos.

Veamos los beneficios de la vida interior:

Ella precave a nuestra alma contra los peligros del ministerio exterior. Santo Tomás dice que, “es más difícil vivir bien cuando hay cargo de almas a causa de los peligros exteriores”. Mientras que el obrero evangélico, desprovisto del espíritu interior, ignora los peligros que se originan de las obras, pareciéndose de este modo al viajero sin

armas que tiene que atravesar un bosque infestado de bandidos, *el verdadero apóstol los teme*, y todos los días se previene contra ellos por un detenido examen de conciencia que le descubre la parte débil.

Una de las ventajas que nos proporciona la vida interior, es *darse cuenta* de un peligro incesante, y aunque no nos procurara más que ésta, ya sería mucho porque un peligro previsto contribuye poderosamente a preservarnos de las sorpresas del camino, con lo cual el indicado peligro queda bastante alejado. Pero además nos proporciona otra utilidad. Ella viene a ser para el varón apostólico una armadura completa, armadura divina que le permite resistir a las tentaciones y evitar los lazos del demonio.

Ella le ciñe *con la pureza de intención*, la que concentra sobre Dios los pensamientos, deseos y afectos y le pide el extraviarse en seguimiento de las comodidades, placeres y distracciones. También le reviste de la coraza de la caridad, del conocimiento de su nada y de que nada puede sin el auxilio de su gracia..., y así armado de pies a cabeza, puede el apóstol entregarse sin temor a las obras y su celo inflamado por la meditación del Evangelio, fortificado por el Pan eucarístico, podrá así combatir a los

enemigos de su alma y conquistar un sinnúmero de almas para Cristo.

-La vida interior repara las fuerzas del apóstol. Solamente el santo, es quien en medio de las distracciones de los negocios y a pesar de un contacto habitual con el mundo sabe conservar su espíritu interior y dirigir todos sus pensamientos e intenciones hacia Dios... y así sobrenaturaliza su trabajo apostólico.

-La vida interior multiplica sus energías y méritos. San Pablo decía a su discípulo Timoteo: *Hijo mío, afirmate más en la gracia*" (2 Tim. 2,1). La gracia es una participación de la vida del Hombre-Dios. San Gregorio Nancianceno exclamaba: "¡Oh Jesús! sólo en Ti reside mi fuerza, y "sin Jesucristo dice a su vez San Jerónimo, "yo no soy más que la impotencia".

Sin la vida interior, dice san Pío X, no habrá fuerzas suficientes para sobrellevar con perseverancia los disgustos que van anejos a todo apostolado, la frialdad y la poca ayuda que prestan aún las mismas gentes de bien, las calumnias de los adversarios, y a veces hasta los celos y la envidia de los amigos, de los compañeros de armas... solamente una virtud sufrida, basada en el bien y al mismo tiempo suave y delicada, es capaz de vencer, alejar, o disminuir esas dificultades (Encicl. Obispos Italia).

-La vida interior comunica al alma alegría y consuelo. Sólo un amor ardiente e inquebrantable es capaz de dar solidez a una existencia, porque el amor posee el secreto de dilatar el corazón aun en medio de los grandes dolores y de las más dolorosas fatigas.

La vida del hombre apostólico es una serie de trabajos y de padecimientos. Si el apóstol no vive en la convicción de que es amado de Jesús, son muy tristes, inquietas y sombrías las horas que pasa, por muy jovial que sea su carácter...Solamente el Hombre-Dios es quien puede hacer lanzar al alma este grito sobrehumano: *"Sobreabundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones"* (2 Cor. 7,4).

El sacramento del amor es el que *le causa los grandes consuelos*. El alma no puede ser interior si no es eucarística, si no gusta del modo más íntimo de ese don de Dios, si no disfruta de su presencia, si no saborea las dulzuras del ser amado que ella posee y adora. La vida del hombre apostólico es una vida de oración. *"La vida de oración, decía el párroco de Ars, es la gran felicidad de la tierra"*...

-La vida interior refina su pureza de intención. El hombre de fe juzga las obras con un criterio muy distinto del que vive vida exterior. Más que

el aspecto aparente, se fija en el ideal que a ellas corresponde en el Plan divino y en sus resultados sobrenaturales.

Y así, considerándose como un simple instrumento, aleja de sí con sumo horror todo pensamiento de complacencia en sus propias aptitudes, y funda únicamente el buen éxito de sus obras en la persuasión de su propia impotencia y en la confianza en Dios.

De esta manera se arraiga en su estado de abandono. En medio de las dificultades con que tropieza, se nota una diferencia muy grande entre su actitud y la del hombre apostólico que no vive en unión íntima con Jesús... Este abandono, por otra parte, no disminuye en nada su ardor por el trabajo. Él obra como si el éxito dependiese únicamente de su actividad, pero en realidad no le espera sino de Dios, como dice San Ignacio.

-La vida interior es un escudo contra el desaliento. Esta frase de Bossuet: "Cuando Dios quiere que una obra sea toda de sus manos, Él lo reduce todo a la impotencia y a la nada, y después la hace Él", es incomprensible para el apóstol que todavía no se ha dado cuenta de lo que debe ser el alma de su apostolado.

¡Cuán diferente es el espectáculo que nos ofrece un sacerdote, cuyo ideal consiste en reproducir a nuestro Señor! Para éste la oración y la santidad de vida son los dos grandes medios de acción, ya sobre el corazón de Dios, ya sobre el de los hombres.

El verdadero apóstol que comprende su vida interior y su fe en Cristo no se desanima ante las contrariedades, ni se abate como las almas pusilánimes. San Ignacio en su unión con Jesús y en la confianza inquebrantable en su omnipotencia, exclamó un día: “Si la compañía fuera destruida, sin que de mi parte hubiera falta alguna, un cuarto de hora de recogimiento y de unión con Dios me bastaría para recuperar la paz y la calma”. El corazón de las almas interiores, dice el párroco de Ars, se encuentra en medio de las humillaciones y de los sufrimientos, lo mismo que una roca en medio del mar.

Fecundidad de las obras producidas por la vida interior

Si el apóstol llega a realizar el dicho de Jesucristo: “*El que permanece en Mí y Yo en él*”, la fecundidad de sus obras queda asegurada, porque “*lleva mucho fruto*” (Jn. 15,5). Es la consecuencia inmediata de este texto. Teniendo presente esta

Autoridad, inútil será ir en busca de razones para probar la tesis. Nos limitaremos, por lo tanto, a confirmarla con algunos hechos.

Por espacio de más de treinta años, dice el abad cisterciense Chautard, hemos podido observar desde lejos la marcha de dos casas de niñas huérfanas, dirigidas por congregaciones distintas.

Cada una de ellas tuvo un periodo de decadencia manifiesta, ¿y por qué no decirlo?, de dieciséis de estas niñas acogidas en las mismas condiciones y que, después de hacerse mayores, salieron de sus respectivos establecimientos, tres que pertenecieron a la primera casa y dos que se educaron en la segunda, pasaron en el término de ocho o quince meses de la comunión frecuente al estado más degradante que puede haber en el mundo. De las otras once, una sola fue la que se mantuvo en calidad de fervorosa cristiana; y, sin embargo, todas ellas fueron muy bien colocadas a la salida del Colegio.

En una de esas casas fue cambiada sola la superiora. Seis meses después se notaba ya una transformación radical en el espíritu de sus moradores. La misma transformación fue observada tres años después en el otro Colegio, porque, quedándose las mismas religiosas y Superiores, fue cambiado el Capellán.

Y a partir de esta época, ni una sola de esas jóvenes, trasladadas al mundo, ha sido arrojada por satanás en el lodo de la inmundicia. Todas, sin excepción, han resultado excelentes cristianas.

No es muy difícil hallar explicación de esta mejoría. Al frente de la casa y en el confesonario no había una dirección interior seriamente sobrenatural, y esto era bastante, si no para paralizar, al menos para atenuar la acción de la gracia.

La antigua Superiora en una casa y el antiguo Capellán en la otra, aunque sinceramente piadosos, no contaban con una vida interior bien arraigada, y por tanto no ejercían ninguna acción sólida duradera. Piedad sentimental y de entusiasmo, de poca consistencia, formada exclusivamente con ciertas buenas prácticas; piedad que no suministra más que creencias vagas, un amor sin fervor y unas virtudes poco arraigadas. Piedad floja, aparente, poco sólida y rutinaria. Piedad que sólo sabe formar unas buenas personas, incapaces de causar disgustos con su mal proceder, serviciales y respetuosas, pero sin fuerza ni energía de carácter y fáciles en dejarse

seducir por la sensibilidad y la imaginación. Piedad incapaz de suministrar un gran horizonte de vida cristiana y de formar mujeres fuertes y bien dispuestas para el combate, y a lo sumo, capaz solamente para tener tranquilas en sus jaulas a desgraciadas niñas, faltas de verdadero espíritu y deseosas de ver llagar el día en que se verán libres de la prisión.

He aquí todo lo que pudieron hacer en orden a la vida cristiana esos obreros evangélicos que apenas conocían lo que es la vida interior.

En esas dos comunidades se cambian una superiora y un Capellán, y al instante todo cambia de aspecto. ¡Cómo se adquiere un conocimiento más exacto de la oración y los sacramentos resultan ahora más fructuosos! ¡Cuán diferente es la actitud que se guarda en la Capilla, y hasta en el trabajo y la recreación! Cambios radicales demostrados por el análisis y traducidos al exterior por una alegría serena y apacible, por el fervor, por la adquisición de las virtudes y hasta por un deseo intenso de la vocación religiosa en algunas de ellas. ¿A qué se debe atribuir semejante transformación? Es que la nueva Superiora y el nuevo Capellán eran almas interiores.

Sin duda alguna, en muchos pensionados, externados, hospitales, patronatos y aun en las Parroquias, Comunidades y Seminarios, el atento observador habrá podido notar cómo iguales causas producen idénticos efectos.

Palabras de San Juan de la Cruz

“Los hombres, devorados por la actividad, y que se figuran poder transformar el mundo con sus predicaciones y otras obras exteriores, que reflexionen aquí un momento. Comprenderán sin dificultad que serían *mucho más útiles* a la Iglesia y más agradables al Señor, prescindiendo del buen ejemplo que con ello darían, si consagrasen más tiempo a la oración y a los ejercicios de la vida interior.

En estas condiciones harían ellos *con una sola obra un bien mucho mayor*, y con mucha mayor facilidad que el que hacen *por otras mil*, a las cuales se dedican con todo afán. La oración los haría dignos y les alcanzaría las fuerzas espirituales necesarias para producir los tales frutos. Sin ellas, todo se reduce a un tremendo fracaso; es el martillo que, cayendo sobre el yunque, hace resonar todos sus ecos alrededor.

Se hace *algo más que nada, muchas veces absolutamente nada y a veces hasta se obra el mal*. Que

Dios nos preserve de un alma como esta, si llega a hincharse de orgullo. En vano las apariencias resultarán en su favor; lo cierto es que ella no hará nada, porque es absolutamente imposible el que alguna buena obra pueda ser realizada sin la virtud del Señor. ¡Oh, qué cosas no podrían escribirse con este motivo sobre aquellos que, abandonando el ejercicio de la vida interior, aspiran a la ejecución de obras maravillosas capaces de glorificarlos, llamando la atención de todos! Estos tales no tienen ningún conocimiento del manantial del agua viva y de la misteriosa fuente que hace fructificar todo” (Cant. spirit. str. 29).

La vida interior atrae las bendiciones del Señor

“Llenaré de gracia el alma de los sacerdotes y mi pueblo se hartará de mis bienes” (Jer. 31,14). Observamos el enlace que existe entre las dos partes de este texto. Dios no dice: Yo daré a mis sacerdotes más celo ni mayor talento, sino *“yo embriagaré su alma”*. ¿Qué quiere decir esto, sino *“Yo los llenaré de mi espíritu, yo les comunicaré gracias de elección, y así mi pueblo recibirá la plenitud de mis bienes?”*

Dios hubiera podido distribuir sus gracias según su agrado, sin tener en cuenta ni la piedad del

ministro ni las disposiciones de los fieles. Así es como procede en el bautismo de los niños... Mas, según la ley ordinaria de su Providencia, estos dos elementos son la medida de los dones celestiales.

“Sin Mí nada podéis hacer” (Jn. 15,5). Tal es el principio. El prodigio del Cenáculo Dios no lo repetirá de un modo regular. En adelante distribuirá sus gracias conforme a la libre y laboriosa correspondencia de la criatura... Los verdaderos obreros apostólicos esperan más de sus sacrificios y oraciones que de los esfuerzos de su actividad. El Padre Lacordaire dedicaba largo tiempo a la oración antes de subir a las gradas del púlpito, y cuando volvía a su celda se flagelaba. El Padre Monsabré, antes de empezar a predicar en “Notre Dame”, rezaba de rodillas el rosario entero... “Estoy tomando mi última infusión”, respondía él con gracia a un amigo que le preguntaba sobre la tal práctica. Estos dos religiosos se atenían a las enseñanzas del principio expresadas por San Buenaventura: “Los secretos de mi apostolado fecundo se adquieren más bien al pie de la Cruz que en el ostentoso lucimiento de brillantes cualidades”, y San Bernardo exclama: “Estas tres cosas quedan: la palabra, el ejemplo y la oración; pero la mayor de las tres es la oración”.

¿Hemos reflexionado lo bastante sobre la importancia primordial que concede el Salvador al espíritu de oración? Echando una mirada sobre el mundo y los tiempos futuros, viendo la multitud de almas llamadas al conocimiento de las verdades el Evangelio, exclama con aire de tristeza: “Rogad, pues, al dueño de la mies que mande operarios a su campo” (Mt.9,36). Ved lo que pone como medio más acto y rápido para la divulgación de su doctrina: “*Rogate ergo!* Empezar por de pronto a orar; y después de esto es cuando añade el Señor: “*Euntes decete... Praedicate*”: *Marchad, enseñad... predicad*” (Mt. 10,7). Primero la oración...

No se trata, pues, de organizaciones ilustradas, ni de acumular recursos, ni de construcción de templos y de escuelas... Lo que recomienda el divino Maestro es la oración y el espíritu de oración.

He aquí como San Pío X resume en pocas palabras la tesis de esta obrita: “Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado, es menester la divina gracia, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Y solamente cuando hubiéramos formado a Cristo en nosotros, lograremos con facilidad formarle en las familias y en las sociedades. Todos los que participan del apostolado, deben por tanto, poseer una verdadera piedad” (Encicli. Obisp. Italia).

Y lo que decimos de la oración es igualmente aplicable al segundo elemento de la vida interior, a saber, el sufrimiento. “*Suplo en mi carne*, decía San Pablo, *lo que resta a los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de Él, que es la Iglesia*.” Los padecimientos de Cristo eran completos, pero solamente en la Cabeza; faltan todavía los sufrimientos de Cristo en sus miembros místicos, que somos nosotros. Cada sacerdote puede decir: Este cuerpo soy yo, yo soy un miembro de Cristo, y lo que falta a la Pasión de Cristo es menester que yo lo supla por su cuerpo que es la Iglesia.

La vida interior, por el buen ejemplo, convierte al apóstol en santificador

En el sermón de la montaña llama el divino Maestro a sus apóstoles *sal de la tierra, luz del mundo* (Mt. 5,3). Sal de la tierra lo somos en medida que progresamos en santidad. La sal insípida, ¿para qué puede servir? “*¿De una fuente impura, puede salir algo puro?*” (Eclo. 34,4). No sirve más que para arrojarla al camino, donde los transeúntes la pisoteen. Por el contrario, el apóstol piadoso, verdadera sal de la tierra, será como un poderoso agente de conservación en medio de este mar de corrupción, cual es la sociedad humana... Faro bri-

llante de la noche, *lux mundi*, el esplendor de su ejemplo, mejor aun que el de su palabra, disipará las tinieblas acumuladas por el espíritu del mundo, y hará brillar el ideal de la verdadera felicidad que Jesús dejó trazado en las ocho bienaventuranzas.

No hay nada que tenga mayor fuerza para atraer a las almas a la práctica de la vida verdaderamente cristiana, que la virtud del que tiene la misión de enseñar. Por esto el Apóstol debe llevar con más frecuencia la antorcha del ejemplo en las manos, que no las buenas palabras sobre los labios, y practicar con sumo esmero las virtudes que va predicando. “El que recibe la misión de decir grandes cosas, está obligado por sí mismo a practicarlas”, dice an Gregorio (Pastor, 2 p.c.3).

Un profesor, que no participa de la vida interior, cree haber cumplido con su deber, si sabe mantenerse exclusivamente en el terreno de un programa de examen. Pero, si fuere hombre interior, una frase escapada de sus labios y de su corazón, una emoción que se refleje en su semblante, un gesto expresivo, ¿qué digo? solamente su manera de hacer la señal de la cruz o de recitar una oración antes y después de una clase, aunque esa clase fuera de matemáticas, podrá influir sobre sus discípulos más que un sermón.

“Que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre” (Mt. 5,16), decía nuestro Señor. El buen ejemplo lo recomienda muchas veces San Pablo a sus dos discípulos Tito y Timoteo: *“Muéstrate en todo como un modelo de buenas obras”* (Tit.2,7). *“Sed el ejemplo de los fieles en la palabra, en la conducta, en la caridad, en la fe, en la castidad”* (1Tim. 4,12). *“Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo”* (1 Cor.11,1).

Jesucristo fue el primero en darnos ejemplo de todas las virtudes: *“Jesús comenzó a obrar y luego a enseñar”* (Hech. 1,1). Las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra...

La vida interior produce en el apóstol una irradiación sobrenatural. De cuánta eficacia sea esta irradiación

Uno de los más serios obstáculos para la conversión de un alma, es que el Señor es un Dios oculto: *“Deus absconditus* (Is. 45,15).

Mas por un efecto de su bondad, Dios se manifiesta en alguna manera por sus santos y aun por las almas fervorosas. Lo sobrenatural se revela de esta manera a los ojos de los fieles que llegan a percibir algo de los misterios de Dios.

¿En qué consiste, por tanto esta difusión de

lo sobrenatural? ¿No será el brillo de la santidad, el esplendor del influjo divino que la teología llama gracia santificante, o mejor aún quizás, el resultado de la inefable presencia de las personas en el alma que ellas santifican?

San Basilio no lo explicaba de distinta manera: “Cuando el Espíritu Santo se une a las almas que su gracia ha purificado, lo hace, según dice el Santo, para espiritualizarlas más y más. Semejante al sol que deja más reluciente el cristal que toca y penetra con sus rayos, el Espíritu santificador abri-llanta las almas en que habita, y por efecto de su presencia son como tantos otros focos que esparcen a su alrededor la gracia de la caridad” (De Spir. Sancto. c. 4, nº 23).

Esta manifestación de lo divino, que aparecía en todos los movimientos y hasta en la actitud del Hombre-Dios, nosotros la percibimos en ciertas almas que poseen la vida interior en su grado intenso.

Las conversiones prodigiosas que efectuaban algunos santos por la fama de sus virtudes, y la muchedumbre de aspirantes a la vida perfecta que se movían a seguir sus huellas, ponen muy de manifiesto el secreto de su silencioso apostolado.

Así es como con San Antonio se poblaron los

desiertos y con San Benito apareció esa innumerable falange de santos religiosos que civilizaron a Europa. San Bernardo ejerció una influencia sin igual en la Iglesia, así sobre los reyes como los pueblos. San Vicente Ferrer despertaba por donde pasaba un entusiasmo indescriptible de inmensas masas de gentes que se convierten. En seguimiento de San Ignacio se levanta un ejército de valientes de los que sólo uno, Javier, bastó para regenerar una multitud increíble de paganos.

Estos prodigios sólo los pueden obrar la difusión de Dios mismo a través de humanos instrumentos.

¡Qué desgracia tan grande, cuando entre las personas colocadas al frente de obras de importancia, no se encuentran almas que sean verdaderamente interiores! Lo sobrenatural aparece eclipsado y el poder de Dios como encadenado. Y en estos casos, como nos lo enseñan los santos, vienen a decaer los países y la Providencia parece que deja libres a los malos para ejercer su poder destructor.

Las almas, es preciso que lo sepamos, llegan a percibir por instinto, sin acertar a explicar claramente lo que experimentan, esta *irradiación de lo sobrenatural*. Y así veréis con qué gusto vienen a postrarse a los pies del sacerdote y a implorar el

perdón de sus extravíos el pecador que llega a conocer al mismo Dios en su representante. Y, por el contrario, ¿no se ha visto que desde el día en que el concepto integral de la santidad dejó de ser el ideal necesario del ministro de una secta cristiana, ésta corrió a pasos seguros a suprimir la confesión?

Juan, no obró milagro alguno (Jn. 10,41). Sin obrar milagro alguno, Juan Bautista atraía a las muchedumbres. La voz del Santo Vianney era demasiado débil, para hacerse oír del inmenso gentío que acudía a su alrededor. Se le oía poco, pero se le veía, se veía en él un representante de Dios, y sólo con esta vista subyugaba y convertía a las gentes. Un abogado volvía de Ars, y habiéndosele preguntado, ¿qué era lo que más le había impresionado? respondió: “He visto a Dios en un hombre”. Cuando con mayor perfección posee un alma las virtudes teologales, tanto más ayudan esos efluvios a hacer germinar las mismas virtudes en los corazones de los prójimos. Por la vida interior el apóstol difunde rayos de fe sobre sus oyentes. La presencia de Dios se hace patente en él a las gentes que le oyen.

El verdadero apóstol difunde caridad, bondad y humildad

El apóstol difunde la caridad. Llegar a la posesión de la caridad es lo que ambiciona sobre todo lo demás el alma deseosa de santificarse. La compenetración de Jesús y el alma, y el “*permaneced en Mí y Yo en él*”, es el objeto que persigue todo hombre interior.

Los predicadores experimentados lo reconocen unánimemente; si las primeras instrucciones sobre la muerte, el juicio y el infierno son indispensables y siempre saludables en un retiro o en una misión, la instrucción sobre el amor de Nuestro Señor produce de ordinario, una impresión más saludable aún.

El amor de Jesús es una palanca poderosísima para arrancar a unas almas del pecado, y conducir a otras del fervor a la perfección. Un cristiano sumergido en el fango del pecado, pero capaz de reconocer en un semejante suyo un amor encendido que entiende en pos de realidades invisibles, y que por otra parte comsidera atentamente el vacío y las decepciones del amor terreno, comienza a disgustarse del pecado. Ha llegado a comprender algo de Dios, algo del amor inmenso, que Jesús profesa a las criaturas.

El que piensa que “*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*” (Ez. 33,11), que *tanto amó Dios al mundo que le dio a su Unigénito Hijo para salvarnos*”, y que este Hijo, o sea, Jesucristo padeció y ofreció su vida en sacrificio sólo por la redención de todos, sin duda el alma que esto piensa saldrá del lodo en que se hallaba engolfada, y correrá adelante sin arredrarse ante los sacrificios necesarios para adquirir el tesoro del amor divino, hasta entonces de ella desconocido.

- *El apóstol difunde la bondad.* El celo que no sea caritativo decía San Francisco de Sales, procede de la caridad que no es verdadera. Saboreando, por medio de la oración, la suavidad de Aquel a quien la Iglesia llama “Océano de bondad”, el alma llega a transformarse. Y aunque sea inclinado a la dureza y al egoísmo, todos estos defectos irán desapareciendo. Alimentándose de Aquel en quien apareció la benignidad de Dios sobre el mundo (Tit. 2,4), de Aquel que la imagen y la expresión adecuada de la Bondad divina, el apóstol participa de la beneficencia de Dios y siente como Él la necesidad de ser *difusivus*, de difundir el bien por todas partes.

Cuanto más unido se halla el corazón de Jesucristo, tanto más participa de la cualidad culminante del corazón divino y humano del Redentor,

es decir, de su Bondad, indulgencia, benevolencia, compasión, todo se acrecienta en él, y su generosidad y abnegación llegarán hasta la inmólación gozosa y magnánima.

Dios ha querido dice el P. Lacordaire, que ningún bien se hiciese al hombre sino amándolo... Las Hermanitas de los Pobres, las Hijas de la Caridad... podrán citar multitud de conversiones efectuadas sin discusión alguna por la sola virtud de una virtud infatigable y muchas veces heroica. "La bondad, dice el P. Faber, es una amplia comunicación de nuestros bienes que hacemos a los demás. Ser bueno es poner a los otros en nuestro lugar. La bondad ha convertido mas pecadores que el celo, la elocuencia o la instrucción, y estas tres cosas jamás han convertido persona alguna sin que haya intervenido en alguna manera la bondad.

- *El apóstol difunde la humildad.* No es difícil comprender que Jesús atrajera las muchedumbres con su dulzura y bondad. ¿Se podrá atribuir la misma eficacia a su humildad? Indudablemente que sí. "*Sin Mí*, dice Jesucristo, *nada podéis hacer*" (Jn. 15,5). Elevado por el Creador a la dignidad de cooperador, el apóstol será el agente de operaciones sobrenaturales, pero a condición de que Jesús sólo aparezca en escena. Cuanto más trabaje en

ocultarse y en desaparecer, tanto más se manifestará Jesús. Sin esta desaparición, fruto de la vida interior, el apóstol plantará y regará en vano, nada fructificará.

La verdadera humildad tiene encantos especiales que traen su origen del mismo Jesús. Ella aspira lo *Divino*. Al empeño con que el hombre de vida activa trata de hacer desaparecer su personalidad, a fin de que sólo Jesús aparezca como verdadero agente, pues “*conviene que Él crezca y que yo me humille*” (Jn. 3,30), corresponde el Señor otorgándole el don de ir ganando un gran número de corazones... De esta manera la humildad viene a ser uno de los más poderosos medios de acción sobre los hombres.

Un día, viendo el Señor que en sus apóstoles aparecía la ambición y la envidia, les dijo: “*El que sea mayor entre vosotros sea como el menor, y el que quiera ser el primero, sea el último de todos*” (Mt. 20).

Mas con esto, pregunta Bourdaloue: ¿no se debilita la autoridad? Siempre que tengáis bastante humildad, tendréis también bastante autoridad, y si os quedáis sin humildad, la autoridad será onerosa e insoportable.

Procuremos, pues ser humildes y combatir el orgullo, porque de él se derivarán odios personales. El “autoritativismo”, rencores, despecho, rivalidades,

avaricia, represalias, ambición, envidia, deseos enteramente humanos de precedencia, calumnia, maledicencias, palabras acerbas, espíritu completamente mundano, aspereza en defender los principios, etc.

El verdadero apóstol difunde la firmeza y la dulzura

Los santos se han mostrado con mucha frecuencia muy enérgicos contra el error, el contagio y la hipocresía. San Bernardo que fue el oráculo de su siglo, puede citarse como modelo en esta materia, según se dice, por cuanto su firmeza llegó a ser inquebrantable. Con todo, el que con la debida atención leyere su vida se convencerá de que gracias a su mucha vida interior, jamás su rigor llegó excesivo. Él no recurre a la severidad sino después de haberse convencido con evidencia de la ineptitud o ineficacia de los otros medios.

Muchas veces emplea los de una y otra clase, y llevado de un intenso amor hacia los demás, después de haber demostrado una santa indignación y exigido remedios, reparaciones, prendas, promesas (todo lo cual hacía con el fin de mantener firmes los principios doctrinales) se aplicaba inmediatamente con entrañas verdaderamente maternas a la conversión de aquellos mismos a quienes, siguiendo los

impulsos de su conciencia, no había podido menos de tratarlos con cierta aspereza... Y así vemos que después de haber combatido sin compasión los errores de Abelardo, supo hacerse amigo del mismo a quien tan victoriosamente había reducido al silencio.

Un día, apenas se entera de que se intenta arruinar y degollar a los judíos de Alemania, inmediatamente abandona su monasterio y vuela a su socorro predicando la Cruzada de la paz. Y así consta por un documento memorable, que recuerda el P. Ratisbonne en su “Vida de San Bernardo” cómo el gran rabino del país manifestó su admiración por el monje de Claraval, “sin cuya intervención, dice él, ninguno de los nuestros hubiera quedado con vida”, y conjura a las generaciones futuras de los israelitas que no olviden jamás la deuda de gratitud con el santo Abad.

“Nosotros somos, decía San Bernardo en esta ocasión, los soldados de paz, nosotros somos el ejército de los pacíficos. La persuasión, el ejemplo, la abnegación son las únicas armas, dignas de los hijos del Evangelio”.

No hay cosa que sea capaz de reemplazar la vida interior para obtener ese espíritu desinteresado, que caracteriza el celo de todos los santos.

En Chablais todos los esfuerzos resultaban inútiles antes de la llegada de San Francisco de Sales. Los jefes del protestantismo se disponen a una lucha encarnizada, y la secta intenta nada menos que matar al Obispo de Ginebra. Este se presenta lleno de dulzura y humildad. Se admira en él a un hombre que, desprendido de todo sentimiento personal, no respira sino el amor de Dios y del prójimo. La historia nos demuestra los resultados rápidos, y apenas creíbles, producidos por su apostolados. A él se le atribuye esta frase: “Más moscas se cazan con una cucharita de miel que con cien barriles de vinagre”.

Los santos no hacían otra cosa que imitar al divino Maestro. En el Evangelio se nos muestra el Señor acogiendo con misericordia a los pecadores, hecho amigo de Zaqueo y de los publicanos, lleno de bondad y compasión para con los enfermos, afligidos y pequeñuelos. Y, sin embargo, Él mismo, la Dulzura y la Mansedumbre encarnada no repara en armarse con el azote para arrojar a los mercaderes del Templo. Y de qué energía y severidad van acompañadas sus palabras, cuando habla de Herodes o proscribire los vicios de los escribas y de los fariseos hipócritas.

El apóstol difunde la mortificación

El espíritu de mortificación es otro de los principios que contribuyen a fecundizar las obras de celo. Y mientras no se consiga penetrar en las almas el misterio de la Cruz, no se habrá hecho otra cosa que tocarlas superficialmente sin llegar al interior.

“Cristo ha muerto y resucitado”. Este es el misterio pascual de Cristo. Este es el hecho cumbre de Jesús de Nazaret, misterio grande y luminoso de donde parte nuestra vida cristiana.

Para ser verdaderos apóstoles y evangelizadores tenemos que estar compenetrados de este gran misterio salvífico. Tenemos que aprender a sufrir, y seguir a Cristo por el camino que Él nos marca: *“Si alguno quiere venir en pos de Mí niegue-se a sí mismo, tome su cruz y sígame”* (Mt. 16,24).

¿Pero quién podrá hacer hoy que las almas acepten un misterio que, con los padecimientos que encierra, causa naturalmente tanto horror y repugnancia a la pobre naturaleza humana? Sólo aquel que podrá decir con el gran apóstol: *“Estoy crucificado con Cristo”* (Sal. 2,19). Sólo aquellos que llevan en sí a Jesús mortificado: *“trayendo siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal”* (2 Cor. 4,10).

Mortificarse equivale a reproducir el “*Cristo no trató de complacerse a sí mismo*” (Rom. 15,3), a renunciarse en todas las circunstancias, a amar lo que no nos agrada, y finalmente a tender a convertirnos en víctimas que se inmolan incesantemente.

Ahora bien, sin la vida interior es imposible llegar a conseguir esa total aniquilación de nuestros más tenaces y arraigados instintos.

Y mientras el pobrecito de Asís predica admirable y provechosamente con sólo el hecho de pasearse por la ciudad en actitud humilde, en vano se esforzará el apóstol inmortificado aunque emplee para ello el sublime y conmovedor lenguaje de Bossuet sobre el Calvario.

El mundo se halla de tal manera dominado por el placer, que para enemistarle con él no bastan ni los argumentos comunes ni los discursos grandilocuentes. Es menester la *Pasión encarnada por decirlo así*, en la persona del ministro de Dios por su mortificación y desprendimiento.

Inimicos crucis Christi, enemigos de la Cruz llamaba San Pablo a esa multitud de cristianos que no se preocupan de la enmienda de su vida, y así pueden llamarse esos

cristianos afeminados que consideran como cosa indispensable el rodearse de toda suerte de comodidades, el doblegarse o acomodarse a todas las exigencias del mundo, el entregarse a sus placeres desordenados, el aceptar con pasión sus modas, y se sienten contrariados, por tanto al oír aquellas palabras que Jesucristo dijo para todos y que ellos apenas las comprenden: *“Si no hacéis penitencia, todos pereceréis del mismo modo”* (Lc. 13,3). La cruz según la expresión de San Pablo, es para ellos un escándalo (1 Cor. 1,23), y enseñar a Jesús crucificado se resumía su apostolado.

¿De dónde vendrá la salvación de la sociedad? se preguntaba un día el papa Benedicto XV ante el espectáculo aterrador de las numerosas victorias que va reportando el espíritu infernal. ¿Cuándo llegaremos a ver a la Iglesia triunfante a su vez sobre sus enemigos? Fácil nos es responder en unión con el divino Maestro: *“Este género de demonio no se arroja sino con la oración y el ayuno”* (Mt. 17,20).

Sin una vida mortificada, si no somos amantes de la cruz, si no vencemos las pasiones y vivimos en santidad plenamente unidos a Cristo, que es lo

mismo que decir, si no llevamos una vida verdaderamente interior nuestro apostolado apenas tendrá valor alguno.

Porque la vida interior engendra la vida interior sus resultados en las almas son profundos y duraderos

“Para que una obra se arraigue profundamente y sea estable y perpetua, es necesario que el que la dirige engendre almas de vida interior”. Ahora bien; esto no lo podrá realizar el apóstol, si él mismo no se halla sólidamente fundado en esta misma vida interior.

Como ya hemos indicado, lo más importante y necesario está en formar en cada obra un grupo de cristianos llenos de fervor práctico que ejerzan en torno suyo un verdadero apostolado para con sus semejantes. Porque ¿quién es tan corto de vista intelectual que no alcance a ver en tales colaboradores un preciosísimo fermento de gran valía para multiplicar la poderosa fuerza de acción del apóstol?

Nos complacemos, por tanto, en repetir que sólo el hombre de obras apostólicas, que sea verdaderamente interior, cuenta *con bastante vida para producir otros centros de vida fecunda.*

Mientras una obra de celo no pueda producir ese resultado, su existencia es efímera. Se puede afir-

mar, casi con seguridad, que no sobrevivirá a su fundador. La razón de perpetuidad de ciertas obras apostólicas, por el contrario, se funda indudablemente en el solo hecho de que la vida interior ha podido engendrar la vida interior. Citemos un ejemplo:

El cura Allemand, muerto en olor de santidad, fundó en Marsella, antes de la revolución, un centro de la juventud para los estudiantes y empleados. Esta institución lleva todavía el nombre de su fundador, y continuó después de más de un siglo, disfrutando de una prosperidad admirable.

Gracias a su vida interior, el hombre de Dios mantenía sobre la fogosa juventud un ascendiente que la dominaba, imponiéndole respeto o inspirándole estima y afección.

El sacerdote Allemand no quiso edificar sino sobre la vida interior, y tuvo suficiente poder para formar en el seno de su obra un grupo de jóvenes, de quienes exigía con resolución, sin salirse no obstante de los límites o condiciones de su estado mundano, la práctica de una vida interior perfecta, una guarda de corazón sin reserva alguna, oración fervorosa todas las mañanas, etc., en una palabra, una vida completamente cristiana, exactamente igual a la que practicaban los cristianos de los primeros siglos.

Y estos jóvenes apóstoles, sucediéndose sin

interrupción, han continuado en Marsella siendo el alma de esta obra santa, que ha dado a la Iglesia muchos obispos y sigue dándole multitud de sacerdotes seglares, de religiosos, de misioneros, y de millares de padres de familia, que son en la ciudad los ejes más importantes de las obras parroquiales, y forman una pléyade de esforzados atletas que no solamente son el honor del comercio, de la industria y profesiones liberales, sino que además constituyen un verdadero foco de apostolado.

Un día David caminaba para enfrentarse con el gigante Goliat, e iba armado solamente con una honda y cinco piedras del torrente y la invocación: *En el nombre del Señor de los ejércitos...* y lo abatió por completo... Así todo joven armado con una vida interior y dedicado a hacer apostolado en el nombre del Señor, logrará con su buen ejemplo cambiar a otros muchos jóvenes que le rodeen, tal vez blasfemando o con otros vicios y pecados, sean apóstoles del bien... De aquí el sumo interés y la suma importancia que tiene la formación sólida de jóvenes apóstoles, que sepan ser fermento y levadura en medio de tantos otros, que, desgraciadamente, caminan sin fe, sin religión y sin Dios.

Importancia de la formación de las almas escogidas y de la dirección espiritual

El venerable y distinguido sacerdote y canónigo Timon-David en la palabra tan pintoresca y expresiva de *muletas de viejo* ciertas diversiones modernas (como teatro, charanga, etc. y otros juegos difíciles y complicados) que se emplean para atraer y retener a los jóvenes de los centros de juventud, diversiones más propias para fomentar la vanidad e impresionar la imaginación y la sensualidad, que para dilatar el alma y conservar las fuerzas físicas. Pero se guardaba muy bien de aplicar la palabra *muletas* a esos juegos distractivos y sencillos que procuran el descanso del alma, fortifican el cuerpo y que por largo tiempo estuvieron en uso entre los buenos cristianos.

Estableciendo un parangón entre el parecer de tan juicioso canónigo con el de otros excelentes directores de obras de esta clase, se ha podido preguntar si no generalizaba o multiplicaba demasiado los casos en que las *muletas* se hubieran de suprimir.

Para varios directores, el porvenir de la sociedad, de Francia como de otra nación católica decaída, no puede provenir sino de una irradiación más intensa de la santidad de la Iglesia...

Uno de estos directores, haciendo alusión a

la sed por el oro y las ansias por las vanidades que en nuestros días devoraban a las muchedumbres ávidas de los placeres, nos recordaba el "*Panem et circenses*". "El pan y los juegos de circo", de los romanos decadentes... Fijaos, por ejemplo, en un San Ambrosio y en un San Agustín, prodigiosos conquistadores de almas: ¿Se refiere en sus vidas, por ventura, algún caso en el que se les haya visto organizando algunas de esas obras con el fin de procurar a sus fieles diversiones capaces de hacerles olvidar sus placeres que les ofrecía el paganismo?

Y para convertir a Roma que se hallaba tan entibiada y amortiguada por el espíritu del renacimiento en tiempos de San Felipe Neri, ¿tuvo necesidad este santo de echar mano a las *muletas* de que venimos hablando y de las que tan poco caso hacía Timon-David?

Ante tan profundas enseñanzas en los tiempos pasados, cabe preguntar si en nuestro siglo no atribuimos una confianza excesiva, no sólo a ciertas diversiones algún tanto extravagantes, sino también a ciertos medios empleados con profusión en nuestros días (tales como peregrinaciones, fiestas de aparato, congresos, discursos, publicaciones, sindicatos, acción política, etc.), los cuales, si bien son cosas muy útiles, causa lástima el verlos colocados en la primera línea.

La predicación dada con el ejemplo será siempre la palanca más poderosa. Sólo “los ejemplos arrastran”. Las conferencias, los buenos libros, la prensa católica y aun los mismos sermones, deben gravitar alrededor de este programa fundamental: “Organizar el apostolado sobre el pueblo, por el *Ejemplo* de cristianos fervorosos que posean las virtudes evangélicas”.

De San Pío X, se dice, que al fin de su vida, no esperaba conseguir la salvación del mundo sino de la formación, mediante el fervor de los clérigos, de virtuosos seglares que se apliquen al ejercicio del apostolado por la palabra y por la acción, *pero sobre todo por el ejemplo*, y recomendaba la dirección espiritual.

La prueba de que en muchas *comunidades religiosas*, tanto activas como contemplativas, muchos de sus miembros no hacen verdaderos progresos en el espíritu por falta de la dirección espiritual, está en el cambio radical que con frecuencia hemos notado en ciertas almas remisas que consiguieron pasar del estado de la tibieza al del fervor de su profesión, desde que se sometieron a la dirección de verdadero padre espiritual.

La dirección se hace ordinariamente en la

confesión. Los que cometen pecados mortales, deben empezar por combatirlos y no conservar apego alguno al pecado venial deliberado, no abandonar la oración diaria... y se llegará a la vida habitual de oración, aun en las ocupaciones exteriores.

La vida interior por la Eucaristía resume toda la fecundidad del apostolado

El fin de la Encarnación y por tanto de todo apostolado es divinizar al género humano. “Cristo se encarnó, a fin de que el hombre llegase a ser Dios” (San Agustín). Y Santo Tomás dice: “Queriendo que nosotros llegáramos a ser participantes de su divinidad, el Unigénito de Dios tomó nuestra naturaleza para que, hecho hombre, hiciese a los hombres dioses” (Off.del Corpus).

Ahora bien, es en la Eucaristía, mejor dicho, es en la vida eucarística, o sea, en la vida interior sólida, alimentada en el banquete divino, donde el apóstol se asimila la vida divina: “*Si no comiereis la carne y bebiereis la sangre del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros*” (Jn. 6,54).

La vida eucarística es la vida de nuestro Señor en nosotros, no sólo por el indispensable

estado de gracia, sino también por una sobreabundancia de acción, pues “*he venido para que las almas tengan vida y la tengan con más abundancia*” (Jn. 10,10).

Si el apóstol debe sobreabundar en la vida divina para comunicarla a los fieles, y si no encuentra el manantial de esta vida sino en la Eucaristía, es imposible obtener buen resultado en las obras de celo sin la acción de la Eucaristía sobre los que directa o indirectamente deben ser los dispensadores de esta vida por medio de esas mismas obras.

No es posible meditar sobre las consecuencias del dogma de la presencia real, del sacrificio del altar, de la comunión, sin verse en la precisión de confesar que nuestro Señor ha querido instituir este sacramento para hacerlo *foco de toda actividad, de toda abnegación, de todo apostolado* verdaderamente útil a la Iglesia.

Si toda la Redención gravita en torno del Calvario, todas las gracias de este misterio fluyen del altar, y el obrero evangélico que no vive del altar, no tiene más que palabras muertas, palabras que no salvan, porque emanan de un corazón que no está suficientemente empapado de la sangre del Redentor.

Encierra verdaderamente un profundo

designio que nuestro Señor, inmediatamente después de la cena, haga conocer, por la parábola de la vid y los sarmientos, la inutilidad de la acción que no vaya animada del espíritu interior: “*Así como el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid, tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo*” (Jn. 15,4).

Pero inmediatamente indica el valor que tendrá la acción ejercida por el apóstol que vive de la vida interior, de la vida eucarística: “El que permanece en *Mí* y *YO* en él, *ese da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada*” (Jn. 15,5).

Al grado de vida eucarística adquirido por un alma, corresponde casi invariablemente la fecundidad de su apostolado.

San Pío X, el Papa de la Comunión frecuente, es también el Papa de la vida interior. “*Restaurar todas las cosas en Cristo*” (Ef. 1,10), fue la primera palabra que dirigió a los varones apostólicos. Es el programa de un apóstol que vive de la Eucaristía y no ve los éxitos en la Iglesia sino en la proporción del progreso que hacen las almas en la vida eucarística.

Se oye algunas veces calificar de *buena* y de *excelente* una parroquia, porque los feligreses saludan cortésmente al párroco, le responden con ama-

bilidad, le manifiestan alguna simpatía y hasta le prestan con gusto servicios en caso de necesidad; pero al propio tiempo se trabaja en los días festivos y se deja de oír misa, los sacramentos no son frecuentados, reina mucha ignorancia de la religión, la intemperancia y la blasfemia están como de asiento y por fin la moralidad deja mucho que desear.

¡Qué desgracia! ¡Excelente parroquia!
¿Puede llamarse cristiana una gente cuya vida es enteramente pagana?

Algunos preincipios, avisos y consejos a los varones apostólicos sobre la vida interior

I. Convicciones

- El celo no es eficaz cuando la acción de Jesús no acompaña a la del hombre.

- Jesús es el agente principal, nosotros somos meros instrumentos.

- Jesucristo no bendice las obras de celo cuando el hombre no confía sino en sus medios.

- Jesús no bendice las obras sostenidas únicamente por la actividad natural.

- Jesucristo no bendice las obras cuando el amor propio reemplaza al amor divino.

- Ay de aquel que se resiste a colaborar en las obras a que se siente llamado por Dios.

- Ay de aquel que se entromete en las obras de celo sin estar seguro del llamamiento divino.

- Ay de aquel que en las obras quiere conducirse independientemente de la voluntad de Dios.

- Ay de aquel que en la ejecución de las obras de celo, no usa los medios de conservar o recobrar la vida interior.

- Ay de aquel que no trata de ordenar la vida interior y la vida activa de tal suerte que la una no perjudique a la otra.

II. Principios

Primer principio. No emprender las obras de celo por pura *actividad* natural, sino consultar a Dios antes de emprenderlas con el fin de tener la seguridad de que se trabaja bajo la inspiración de la gracia y en conformidad con su voluntad expresada de un modo moralmente cierto.

Segundo principio. Es imprudente y nocivo permanecer demasiado tiempo ocupado en una serie de trabajos excesivos, que colocarían al alma en un estado de incompatibilidad *con los ejercicios de la vida interior*. En

semejante caso, aunque se tratara de las obras más santas, el apóstol debe aplicarse el “*sácale y arrójale fuera de ti*” (Mt. 5,20).

Tercer principio. Un *reglamento* que determine el empleo habitual del tiempo, hecho de acuerdo con un director espiritual sabio, interior y experimentado, debe ser impuesto enérgicamente y sin pérdida de tiempo a una aplicación desarreglada de la vida activa.

Cuarto principio. Para provecho propio y de los demás, hay que aplicarse, ante todo, a la práctica de la vida interior. *Cuanto más abundante sea la ocupación*, tanto más necesaria se hace esta especie de vida.

Quinto principio. ¿Se encuentra el alma accidentalmente y por voluntad manifiesta de Dios muy ocupada y consiguientemente en la imposibilidad moral de prolongar sus ejercicios de piedad? Posee seguramente un termómetro infalible, que le indicará *si se mantiene verdaderamente* en el fervor, y es el siguiente. Si ella tiene realmente sed de vida interior, si con toda su buena voluntad cumple con las prácticas esenciales, puede desde luego estar tranquilo y contar firmemente con gracias del todo especiales. Dios se las tiene reservadas y en ellas encontrará las fuerzas suficientes para avanzar en la vida espiritual.

Sexto principio. En tanto que el hombre de acción no ha llegado a conservarse en el *recogimiento* y

dependencia que deben acompañarlo por todas partes, se halla en un estado *insuficiente* de vida interior. Para adquirir este recogimiento tan necesario no hace falta poner en tensión al espíritu, basta una mirada que provenga más del corazón que del espíritu; mirada *segura, justa, penetrante* para poder distinguir o conocer si permanece aun firme en la acción bajo la influencia de Jesucristo.

III. Consejos prácticos

1º Grabar bien en el espíritu que, sin el *reglamento* de que se ha hablado anteriormente y sin la *voluntad decidida* de sujetarse a él habitualmente, y de un modo especial en cuanto a levantarse por la mañana *a una hora fija y determinada*, el alma *no puede* alcanzar la vida interior.

2º Poner por base de la vida interior, como elemento indispensable, la *oración* de la mañana. “El que está, dice Santa Teresa, firmemente determinado a hacer, cueste lo que cueste, media hora de oración por la mañana, ha corrido ya la mitad de la jornada. Y sin oración, la tibieza es inevitable.

3º *Misa, Comunión*, recitación del *Breviario*, funciones *litúrgicas* son excelentes minas de la vida interior, y deben ser explotadas con una fe y fervor muy grandes.

4° *El examen particular y el general*, del mismo modo que la oración y la vida litúrgica, deben enderezarse a la consecución de *la guarda habitual del corazón*, por la cual se realiza la unión del *vigilad y orad*. El alma que atiende a lo que pasa en su interior y a la *presencia de la Santísima Trinidad* en ella, adquiere fácilmente el instinto de recurrir a Jesús en todas las circunstancias y sobre todo cuando se percibe del peligro de la disipación o decaimiento espiritual.

5° De aquí nace la necesidad de aplicarse a una oración incesante por medio de las *comuniones espirituales* y las *oraciones jaculatorias* tan fáciles de practicar, cuando hay verdadera voluntad y amor aun en medio de las ocupaciones más absorbentes y tan agradables por su variedad, pudiéndolas apropiar a las necesidades especiales *del momento presente*, a las circunstancias actuales, peligros, dificultades, cansancio, desengaño, etc.

6° El sacerdote debe aplicarse todos los días, o al menos varias veces a la semana, al estudio piadoso de la Escritura, sobre todo del Nuevo Testamento. El Concilio Vaticano II recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquiera *la ciencia suprema de Jesucristo* (Fil.33,8), pues “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (S. Jer.) (DV.25).

El Espíritu tiene necesidad de ponerse en presencia de las verdades sobrenaturales, de los dogmas engendradores de la piedad y de las consecuencias morales que de ellos se originan y tan fácilmente son olvidados, si no se tiene el cuidado de conservarlos.

7º Gracias a la guarda del corazón, que será como la preparación remota, la *confesión semanal o quincenal*, según las necesidades, *irá seguramente* acompañada de una contrición sincera, del verdadero dolor y de un propósito firme, leal y decidido.

8º *Los ejercicios espirituales practicados cada año*, son muy útiles, pero no suficientes. El *retiro mensual* bien empleado en poner el alma en equilibrio, es casi indispensable al hombre de obras de celo.

Conclusión

Después que uno haya leído este libro, para que tenga un resultado práctico, o sea, un deseo eficaz de la vida interior, que va siempre adornada con la gracia santificante, debe tomar la resolución *precisa, fervorosa y práctica*, y, para progresar en la virtud, no omitir la oración diaria, sino ser fiel a ella, pues el sacerdote como el seglar valen lo que vale su oración, y como la vida litúrgica es fuente de vida interior, todos, especialmente el sacerdote, deben vivir unidos a Jesucristo mediante la santa misa, rezo del Breviario y sus otras funciones litúrgicas.

El sacerdote cuando consagra la Eucaristía o administra los sacramentos debe hacer revivir la convicción de que es ministro de Cristo: *alter Christus*.

Y para perseverar en la vida interior emprendida, hay que vivir bajo la mirada de Dios a fin de preservarse de todo pecado y así vivir unido cada día más y más al Sagrado Corazón de Jesús en todas sus ocupaciones, conversaciones, recreaciones, etc. Si pensáramos que Dios nos ve, dice Santo Tomás, nunca o casi nunca pecaríamos.

Finalmente, todo apóstol debe tener una ardiente devoción a la Virgen María por ser Madre de Dios y Madre nuestra, por medio de la cual nos vino Jesús, fuente de todas las gracias. Tengamos presentes los ejemplos de los que han celebrado las glorias de María, como San Bernardo que decía: “Todo nos viene por María”. Igualmente San Alfonso María de Liguori, San Francisco de Sales, San Bernardino de Sena y otros muchos más. San Alfonso predicaba: “Es imposible moralmente hablando que un verdadero devoto de María se condene”. El Abad Chautard, al hablar de la Virgen termina diciendo: “El apóstol, aunque trabaje mucho por su salvación, por su progreso espiritual y por la fecundidad de su apostolado, corre riesgo de edificar sobre la arena si su actividad no se funda en una especialísima devoción a Nuestra Señora”.

Laudetur Iesuschristus = Alabado sea Jesucristo.

ÍNDICE

Presentación

LA VIDA INTERIOR	4
-La obra de Jesucristo	4
-Lección fundamental de Jesucristo	5
-Herejía de la caridad	7
-¿Qué es la vida interior?	8
-Desconocimiento de la vida interior	11
-Objeciones contra la vida interior	12
-La vida interior no es ociosa	16
-La vida interior es egoísta	19
-Objeción sacada de la ignorancia de la salvación de las almas	23
-Unión de la vida activa y de la vida interior	27
-Las obras de celo no deben ser otra cosa que el desbordamiento exuberante de la vida interior.....	29
-La base, el fin y los medios de una obra de celo deben ir impregnados de vida interior	32
-La vida interior y la vida activa se atraen mutuamente. Excelencia de esta unión	34
-La vida activa pelagra sin la vida interior	38
-Peligros para la salvación	41
-Del hombre de obras de celo sin vida interior	43
-Estad preparados	47
-La vida interior, base de la santidad del obrero apostólico	50

-Fecundidad de las obras producidas por la vida interior	55
-Palabras de San Juan de la Cruz	59
-La vida interior atrae las bendiciones del Señor	60
-La vida interior, por el buen ejemplo, convierte al apóstol en santificador	63
-La vida interior produce en el apóstol una irradiación sobrenatural	65
-El verdadero apóstol difunde caridad, bondad y humildad.....	68
-El verdadero apóstol difunde la firmeza y la dulzura ...	73
-El apóstol difunde la mortificación	75
-Porque la vida interior engendra la vida interior, sus resultados en las almas son profundos y duraderos	78
-Importancia de la formación de las almas escogidas y de la dirección espiritual.....	81
-La vida interior por la Eucaristía resume toda la fecundidad del apostolado	85
-Algunos principios, avisos y consejos a los varones apostólicos sobre la vida interior	88
-Conclusión	93